

REGICIDIOS: EL PELIGRO DE SER REY

Amadeo-Martín Rey y Cabieses

Doctor en Historia

El 1 de febrero de 2008 se cumplió el centenario del asesinato del rey Carlos I de Portugal y de su hijo primogénito el príncipe Luis Felipe, muertos a tiros por Alfredo Costa y Manuel Buiça (triste fama la de los regicidas) cuando cruzaban en carruaje Terreiro do Paço. Ya en siglos anteriores se habían producido otros regicidios y ejecuciones regias: el de Carlos I de Inglaterra, cuya cabeza rodó frente al palacio de Whitehall. Se cuenta que iba vestido con varias camisas para evitar que el frío le hiciese temblar y que eso se confundiera con miedo. Enrique IV en Francia fue muerto a manos de François Ravailac y, también en el país galo, Luis XVI y María Antonieta fueron decapitados. Gustavo III de Suecia murió por la neumonía y posterior sepsis sufridas después de que, días antes, en una noche de máscaras en la Ópera de Estocolmo el 16 de marzo de 1792, fuera rodeado por cinco hombres vestidos de negro: uno de ellos, Anckarström, le disparó a quemarropa en la espalda. Por su parte, Joaquín Murat, rey de Nápoles, no consintió que le vendaran los ojos cuando le fusilaron en Pizzo en 1815: “J'ai bravé la mort trop souvent pour la craindre”, dijo. Y tras besar un cristal de cuarzo que tenía el rostro de su esposa grabado exclamó: “Sauvez ma face, visez à mon cœur... Feu!”.

Pero, la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX fue una época especialmente convulsa y llena de asesinatos de monarcas. No era nada seguro sentarse en un trono. El rey se convertía muchas veces en el objetivo de perturbados, anarquistas, y –también– de políticos cuya máxima era el resentimiento y el odio. Así, Maximiliano de México, fue fusilado en 1867 en el cerro de las Campanas de la ciudad de Querétaro, tras un juicio en ausencia y sin derecho a apelaciones, después de ser abandonado por sus aliados franceses en la empresa de formar un Imperio en México. Dio a cada uno de sus verdugos una moneda de oro para que no se le disparase a la cara y así poder ser reconocido por su madre. Su mujer la emperatriz Carlota murió loca sesenta años más tarde en el castillo belga de Bouchout en Meise.

Alejandro II de Rusia fue asesinado en 1881, tras haber sufrido intentos de asesinato en 1866, 1879 y 1880, y todo ello a pesar de su carácter reformista y tolerante, que llevó a la emancipación de los siervos en Rusia o a la abolición de la pena capital. Su hijo Alejandro III sobrevivió en marzo de 1887 a un atentado revolucionario. Y el hijo de éste, Nicolás II de Rusia y su familia fueron vilmente asesinados hace noventa años en un oscuro cuarto de la casa Ipatiev de Ekaterinenburg. Veinte años antes la emperatriz Isabel de Austria, la famosa Sisi, fue asesinada por Luigi Lucheni frente al Hotel Beau Rivage de Ginebra, donde se alojaba bajo el título de incógnito de Condesa de Hohenembs. La soberana enigmática y viajera de la larga cabellera dejó así inconsolable al amor de su vida: Francisco José.

Alejandro I de Yugoslavia, durante su visita de Estado en 1934 a la Tercera República Francesa, para reforzar los lazos de la llamada Pequeña Entente, fue asesinado en Marsella de un disparo salido de la pistola de Vlado Chernozemski. Fue uno de los primeros asesinatos filmados por una cámara.

Italia no se ha librado de la implacable acción de los regicidas. En 1900 Monza fue el escenario del asesinato del rey Humberto I, “il re Buono”, por parte del anarquista Gaetano Bresci. Hoy sus restos reposan en el Panteón de Roma, fielmente custodiados por la Guardia de Honor de las Reales Tumbas del Panteón.